

**“Ustedes, liberales de principios...”.**  
**La lucha por la existencia del liberalismo**  
**histórico venezolano a partir de 1936**

*“You, principled liberals...”.* *The struggle*  
*for existence of Venezuelan historical*  
*liberalism after 1936*

Guillermo T. Aveledo Coll

**Resumen**

En 1936 viejos políticos liberales y nacionalistas intentaron reconstituir a los partidos históricos venezolanos. Voceando sus programas se declararon opositores a ideologías exóticas y antivenezolanas como el fascismo y el comunismo, y partidarios del general López. Sin embargo, su intento sería un fracaso tanto generacional, como ideológico y táctico. Sin comprender los cambios ocurridos en Venezuela, su vieja política fue insuficiente para convocar a las nuevas generaciones.

**Palabras clave**

Venezuela; Partidos históricos; 1936

**Abstract**

In 1936, old liberal and nationalist politicians attempted to rebuild the historical Venezuelan parties. While promoting their platforms, they claimed to oppose exotic and anti-Venezuelan ideologies such as fascism and communism, while professing their support to General Lopez. Nonetheless, their attempt would be a generational, ideological and tactical failure. Unable to understand the changes that took place in the country, these parties and their old-style politics were not enough to rally new generations.

**Keywords**

Venezuela; Historical Parties; 1936

---

**Recibido:** 06-05-2005

**Aprobado:** 18-05-2005

*Del mismo modo que los hombres conservan durante toda su vida la huella de su infancia, los partidos sufren profundamente la influencia de sus orígenes.*

Maurice Duverger, *Los partidos políticos*.

El 28 de mayo de 1936 Andrés Pacheco Miranda, escritor caraqueño, presenta una carta que será publicada pocos días después en *El Universal*, con la que se dirige a una lista de conocidos hombres públicos, muchos de los cuales apenas habían regresado al país luego de la muerte del general Juan Vicente Gómez. Entre ellos, figuran generales como Francisco Linares Alcántara, J.M. Ortega Martínez y Elbano Mibelli; doctores como Santos Domínici y Alberto Smith; el intelectual Rufino Blanco Fombona y el coronel Ramón Ayala. ¿Qué les unía? Ancianos casi todos, varios habían participado en gobiernos del Liberalismo Amarillo; algunos eran frustrados conjurados contra los regímenes andinos, otros eran, o llegarían a ser pronto, funcionarios públicos durante los gobiernos de López y Medina.

Pero Pacheco Miranda iba más allá; se dirigía a ellos como “liberales de principios”. Quería Pacheco Miranda reconstituir el Partido Liberal y que el mismo ocupase lugar preferente en la vida republicana de Venezuela, asumiendo el protagonismo frente a las nuevas circunstancias del país:

El desconcierto que señala en esta hora la vida de la patria, y las nuevas ideologías que han desorientado a una parte de la juventud venezolana que, al pretender buscar la felicidad de Venezuela en la práctica de doctrinas exóticas sólo puede precipitar a ésta en los abismos insondables de la tierra (...) requiere *para salvar la Democracia*, la acción conjunta de los elementos llamados a darle organización al Partido Liberal, que nació en los primeros tiempos de la República con una misión sagrada que cumplir (Pacheco Miranda, 1936:1; el énfasis es nuestro).

No era poca cosa esta admonición: se trata de convocar a elementos que, compartiendo la tradición liberal venezolana, debían defender las instituciones democráticas inspiradas por sus grandes sabios, como Tomás Lander, de “cuyo verbo brotó el soplo inmortal que creara la verdadera democracia venezolana” (*Id.*) Pacheco Miranda plantea la reconstitución del viejo Partido Liberal –“debilitado por la acción infecunda de Cipriano Castro y vuelto fragmentos por los golpes sucesivos de la dictadura de Juan Vicente Gómez” (*Id.*)– como “compromiso moral” y como “deber”. Ya nos tocará volver a este texto.

La historia de estos intentos de reconstitución es, en términos generales, conocida. La vetusta causa de los partidos históricos, ya fuese el Liberalismo Amarillo

o el nacionalista, no fue exitosa, difuminándose antes de tener alguna influencia cierta en la política moderna venezolana (Magallanes, 1973:311-316; Sanín, 1982: 152-158; Pino Iturrieta, 1998:42), fulminada su antigua potencia con el advenimiento en el poder de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez (Velásquez, 1999: vii-xi; Herrera y Alva, 1998:75; Caballero, 2003:45,79). Como resume Caldera:

Liberales y Nacionalistas carecían de poder de convocatoria. Los viejos partidos habían desaparecido por completo. Hubo una tentativa de antiguos personeros del Partido Liberal Amarillo de llamar a su gente para restablecer sus filas, y otra de los que, de alguna manera vinculados al movimiento nacionalista del General José Manuel Hernández, querían constituir un partido con ese nombre. Durante los veintisiete años de Gómez habían quedado sepultados en la historia... (Caldera, 2002:50).

Más allá de escasos comentarios, pocos estudiosos se refieren a este intento. No debe sorprender, dada la escasez de documentos y su poca repercusión en la formación de los partidos modernos en Venezuela. Por otro lado, el que sus principales contendores del momento, las izquierdas, hayan sido las cronistas principales de ese momento, evita que el tema haya sido estudiado, descartándolo como los movimientos políticos “menos significativos” del posgomecismo (Urbaneja en Fundación Polar, 1997).

Dentro de una historia intelectual del liberalismo venezolano, sin embargo, es posible abordar estos esfuerzos como una página más de la evolución del proyecto liberal como matriz ideológica imperante en la Venezuela republicana. En tanto el liberalismo venezolano se configuró sobre peculiaridades históricas que no permitieron desarrollar por entero los patrones, principios o instituciones liberales clásicas, tales esfuerzos merecen atención. Esto por dos razones: la primera, que el fracaso de la reconstitución del Partido Liberal ilustra mejor que cualesquiera otras circunstancias los cambios acaecidos en la evolución política, social y económica venezolana entre 1899 y 1936. La segunda, el hecho sorprendente que, frente a circunstancias poco halagüeñas, algunos hombres hayan decidido hacer caso a Pacheco Miranda. ¿Qué llevó a estos hombres a plantearse el regreso del Liberalismo Amarillo? ¿Por qué fracasaron?

Para evitar caer en las explicaciones usuales, que asumen en los liberales amarillos redivivos –cuando menos– cierta nostalgia por el poder perdido, hemos decidido abordar el problema a través de las herramientas teóricas que buscan explicar el origen y la supervivencia de los partidos en los clivajes y conflictos presentes en toda sociedad. Esto también permite ubicar las propuestas de los liberales frente a los conflictos específicos de las sociedades de su tiempo.

## LA TEORÍA DE LOS CLIVAJES Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Ninguna sociedad es armónica o uniforme en los intereses de los diversos grupos sociales que la conforman (y que esperan ser agregados por el partido político). En torno a los conflictos sociales producidos en su seno y su interpretación de los cambios, aparecen intereses que dan lugar a los partidos. Lipset y Rokkan han sugerido que el origen de los partidos ha de ser estudiado abordando a los mismos como “alianzas en conflicto sobre política y fidelidades a valores dentro de un cuerpo político más amplio” (Lipset y Rokkan, 1992:235). Así, en un sistema político no hegemónico, los partidos *expresan* los contrastes y promueven las demandas de los distintos grupos sociales, y *tendrían que servir como instrumentos* para evitar que dichas contradicciones afecten la legitimidad general del sistema (Lipset y Rokkan, 1992).

Aunque la teoría de Lipset y Rokkan se elabora a la luz de desarrollos históricos específicos de países de la Europa occidental,<sup>1</sup> su esquema ha sido trasladado al estudio de partidos políticos de otras regiones. De este modo es posible, una vez determinados los conflictos y las correspondientes fracturas a lo largo del desarrollo histórico de una región o un país, poder explicar el origen de los partidos políticos de diversas sociedades:

Para entender los alineamientos concretos de los electores que respaldan a cada uno de los partidos, debemos diseñar el mapa de las variaciones en las secuencias de alternativas establecidas por los ciudadanos activos y pasivos de cada sistema desde que surgió una política competitiva. Los partidos no se presentan simplemente *de novo* al ciudadano en cada elección. Cada uno de ellos tiene una historia, y también la tiene el conjunto de alternativas que ofrecen al electorado (p. 232).

La historicidad de las alternativas políticas planteada es esencial para el desarrollo del análisis comparativo en perspectiva histórico-conflictual, proporcionando las evidencias necesarias para identificar los conflictos en dichas sociedades, e ilustrando el desarrollo de éstas hacia la democratización. Así, se trata de establecer, tanto la naturaleza del electorado, miembros y dirigentes de un partido dado, como determinar los conflictos históricos que dieron lugar a la formación de éste y otros partidos similares (Seiler, en Ramos Jiménez, 2001:24).

---

<sup>1</sup> Otros enfoques sobre el origen de los partidos pueden verse en Duverger (partidos originados en polémica parlamentaria), en Ostogorski, Daalder, Vilas y Panebianco (partidos originados tras las perturbaciones generadas por la revolución industrial), y en Lapalombara y Weiner (partidos originados tras cualquier ruptura histórica significativa). Véase Hernández Bravo (1997:27).

En el contexto específicamente hispanoamericano el análisis puede enriquecerse tomando en cuenta las discronías –entendidas éstas como “...la coexistencia o convivencia de estructuras o elementos estructurales de distinto nivel histórico (...) no surgido en consonancia o disonancia con el resto de la realidad histórica de un mismo tiempo, y preferentemente debido a peculiaridades internas de un proceso histórico iniciado fundamentalmente por transculturación” (Soriano, 1987:47). Así, puede decirse que los partidos políticos hispanoamericanos responden –en su origen y evolución– a grupos incompatibles, y agregan demandas que carecen de correspondencia histórica, y que de tal modo parezcan desatinados en un análisis superficial, infiriendo “que la historia constituye, desde esta perspectiva, un movimiento constante de adecuación e inadecuación, o sea, bien de cancelación, armonización y surgimiento, bien de tensión, contradicción y crisis de discronías” (p. 48).

El análisis plantea, así, un continuo que parte de transformaciones específicas a cada sociedad, hasta desembocar en los partidos, siendo éstos “la parte inmediata, visible y accesible, de toda una serie de conflictos (...) específica a cada sociedad particular de la historia de cada país” (Molina y Delgado, 1998:21). El surgimiento de esos partidos políticos respondería normalmente a la necesidad de evitar los “enfrentamientos violentos que derivan en forma casi natural de los conflictos” (Seiler, en Ramos Jiménez, 2001:75). El arreglo de tales partidos alrededor de sus afinidades con respecto alguna posición frente a determinados clivajes, permite la configuración analítica de las “familias” de partidos.

A su vez, los partidos aspiran transformar sus demandas en decisiones políticas específicas, buscando colocar sus cuadros en posiciones de influencia y/o decisión dentro del aparato del Estado. De otro modo, si no encuentran un modo de llegar al Estado por medio de mecanismos regularizados de expresión política, la legitimidad y funcionalidad de este Estado para los sectores afectados puede quedar en entredicho, planteándose la posibilidad de actualizar sus demandas por mecanismos no institucionales.

En Hispanoamérica las reglas democráticas han pasado por un largo proceso de decantación y sólo recientemente han logrado su aceptación generalizada. Sin embargo, esta aceptación ha sido una aspiración de larga data en nuestro continente. Frente a la crisis de la forma política colonial, el principio político dominante fue el de la legitimidad basada en la soberanía popular como elemento central de la ideología liberal americana. Alrededor de tal principio, los países latinoamericanos han alternado en el camino hacia su democratización, regímenes de dictaduras patrimoniales, democracias restringidas, regímenes nacional-populares, regímenes

militares y democracias de partidos. Durante el siglo XIX imperó en Hispanoamérica la búsqueda de la implantación de un modelo político-social que –alrededor de la ideología liberal– sustituyera a la desarticulada sociedad colonial, formando sistemas que, suscribiendo los principios liberales decimonónicos (restringidos frente a la concepción contemporánea de democracia), se encuadraron con formas y comportamientos políticos no propiamente liberales (p.e., el caudillismo; Ramos Jiménez, 1997:91-95). La competencia entre partidos dentro de estas democracias restringidas u oligárquicas era, en buena medida, franca, aunque no del todo exenta de arreglos extraelectorales, venalidad y fraude. Por otro lado, los partidos aquí surgidos competían por un electorado limitado (fuese por elementos censitarios, fuese por la existencia de grandes electores, como los caudillos políticos y los jefes de partido).

El análisis histórico-conflictual supone, además, la ocurrencia de grandes procesos transformadores o “revoluciones”. Ramos Jiménez sugiere que para Hispanoamérica tales revoluciones consisten en tres grandes movimientos sucesivos: la *revolución oligárquica*, la *revolución nacional-popular*, y la *revolución democrática* (Ramos Jiménez, 2001:77-83). A los fines de este trabajo, nos ocupan las revoluciones oligárquica y nacional-popular, que encuadran la vida de los partidos históricos venezolanos (y especialmente, la del Partido Liberal Amarillo; Navas Blanco, 1998). La crisis del Estado oligárquico-liberal (alrededor de la *revolución nacional-popular*) da lugar al replanteamiento de la política; el crecimiento demográfico y el creciente éxodo campesino hacia las ciudades veía el embrión de un sector obrero urbano, que junto a las crecientes presiones de los sectores medios, impulsaba la difusión de nuevas ideologías (antagónicas con la ideología democrático-liberal) y el avance de reformas sociales importantes, que iban aparejados con un recrudescimiento de la política clientelar por parte de la oligarquía, la cual cobraba nuevo significado con la expansión del sufragio.

Estas transformaciones han producido una serie de conflictos que atraviesan las sociedades latinoamericanas, alimentados por las contradicciones sociales basadas en las estructuras socioeconómica, sociocultural y en la cultura política. Cada uno de estos conflictos estructurales polariza las actitudes políticas, creando una serie de clivajes que, a su vez, tienen la capacidad de generar partidos políticos en la región. A partir de tales conflictos podemos derivar los siguientes clivajes: grandes propietarios / comerciantes, pequeños propietarios; gran burguesía / pequeña burguesía; Iglesia / Estado; centro / provincia; burguesía / clase obrera; oligarquía / masa popular; imperialismo / nación (Ramos Jiménez, 2001:85, 89).

De estos clivajes podemos derivar una serie de familias políticas en las cuales pueden ser distribuidos los partidos políticos latinoamericanos de acuerdo con su origen histórico, siendo apreciable de este modo cómo los arreglos políticos de una época determinada corresponden al desarrollo histórico del sistema de partidos nacionales. Los clivajes económicos, sociales y respecto al poderío relativo entre la capital y las provincias fueron claves para la articulación de los antagonismos políticos en Venezuela<sup>2</sup> y, así, para la formación peculiar de nuestro Partido Liberal que, aunque comparte rasgos de lo que Ramos Jiménez ha denominado “familia oligárquica” comunes a la región (regímenes de democracia restringida, recurrencia del fraude electoral, voto censitario, resolución bélica de los conflictos entre partidos, faccionalismo interno), llegó a hacerse del poder de un modo cuasihegemónico.

## **EL LIBERALISMO AMARILLO HISTÓRICO. CRISIS E HIBERNACIÓN**

El Partido Liberal venezolano se formó dentro del seno de la élite de la república independiente, como reflejo del creciente antagonismo entre los diversos sectores que la conformaban. Esta nueva bandería vería la luz en 1840, adelantando un intento de regularizar la alternabilidad política, según el modelo de otras naciones civilizadas “en una sociedad que desconoce el juego de partidos establecidos” (Pino Iturrieta, 2000:92), oposición correspondiente al clivaje que dentro de la sociedad se forma entre los pequeños agricultores, los artesanos y los “logreros” (vinculados al interés comercial y financiero) en esas décadas. Para estos hombres, el *liberalismo doctrinario* de los oficialistas debía ser rebatido con una idea liberal que siga el “llamado de la realidad venezolana” del tiempo, analizada oportunamente por Lander y Guzmán (Pino Iturrieta, 2003:213). Así, como señala Soriano, la empresa de expansión democrática, alternabilidad política y oposición ideológica se abandonará prontamente, por lo pertinaz de modos de resolución de conflictos que se solapaban a la aspiración de formar al Estado liberal: “En 1840 parece surgir una oposición inspirada en un modelo [el modelo liberal], que los participantes terminan por desconocer a largo plazo” (Soriano, 1998:185). La miopía del partido de gobierno y la temeridad de la facción liberal evitarían el desarrollo de este experimento político tal como se había planteado. La dinámica del poder caudillista, que coexistía con la institucionalidad liberal, arroparía a las alternativas

<sup>2</sup> En Venezuela, el clivaje Iglesia/Estado se definió rápidamente a favor del Estado y de las élites que lo ocuparon a partir de 1830, por lo que nunca hubo el conservatismo doctrinario de otras sociedades de la región.

políticas y cambiaría para siempre el modelo de reformas adelantadas por el Partido Liberal en sus orígenes (Pino Iturrieta, 2000:98; Pérez, 1996:61). Con el advenimiento posterior de la hegemonía guzmancista, bajo los colores del Partido Liberal Amarillo: "... desaparece en la historia de Venezuela la posibilidad de existencia de una "oposición" en el sentido liberal del término" (Soriano, 1998:185).

Al decantar esta dinámica en un sistema estable, se forma lo que Velásquez ha denominado la "República Liberal Amarilla" (Velásquez, 1999:vi). Este sistema político, surgido de entre los elementos victoriosos de la Guerra Federal, veía el predominio del Partido Liberal como maquinaria que agrupase las diversas facciones políticas nacionales y regionales. El pluralismo de centros políticos, articulados a través de la pirámide caudillista dinamizada por el caudillo principal, líder del partido, es la estructura semiformal que da base a la regla de decisión *partido-Estado*, en la cual todo elemento que aspirase a ser protagonista o comparsa en el centro del poder debía cobijarse bajo la "enseña gualda" del liberalismo, fuese o no partícipe de su programa. El poder del Partido Liberal se habría basado

...en el cumplimiento del pacto que une, para el disfrute del poder, a los señores terratenientes y guerreros esparcidos en las vastas, poco desarrolladas y bastante aisladas provincias que forman la República. Es una alianza entre iguales, dentro de la cual cada señor goza de sus privilegios y domina sobre una realidad semi-bárbara cuya permanencia defiende, evitando toda posibilidad de cambio o reforma (p. x).

El sistema político venezolano republicano del siglo XIX se basaba "en una concepción constitucional censitaria que era propia y normal en todos los sistemas políticos liberales modernos" (Navas Blanco, 1998:15), esquema que se cerró aún más con la reforma constitucional de 1881, consagrando "una suerte de microsistema suprapolítico" alrededor de la jefatura del Partido Liberal, que comienza a hacer crisis con la Convención Eleccionaria Liberal de 1888 que dividiría al Partido (p. 19), debilitando la autoridad de Guzmán Blanco sobre éste, y truncando la política de modernización sin debilitar los elementos autoritarios. En adelante, el proyecto del Partido se estancará e iniciará su retroceso, por la incapacidad de los grupos no militares del Partido de lograr su reproducción como élite más allá de la regla caudillesca, que reproducirá regionalmente el dominio de los liberales en el poder central. "Chorreados", "Chupapiedras", "Chuíos", "Chuaos", "Independientes", "Incondicionales", "Chapuceros", "Lagartijos", "Morrocayos" y "Bicicletas"... adeptos del liberalismo encarnado en el jefe, lograban cierta autonomía en la resolución regional de sus trances (Magallanes, 1973:178-199).

La trayectoria de un político liberal pasaba del tenientazgo o el servicio civil en el gobierno de un caudillo, a la victoria en batalla. Así, los intentos de salir adelante apelaban indefectiblemente al expediente personalista, asimilándose a la causa del Liberalismo Amarillo, lo que ideológicamente otorgaba cierta legitimidad y reconocimiento. Pero ser hombre de *verdaderos principios liberales* no era suficiente si amenazaba a la jefatura caudillesca del líder del partido, el cual, en la decadencia del régimen, era el general Crespo. La relativa paz que garantizaba el orden Liberal Amarillo, y que había permitido el avance material de la república luego de 1870, ocultaba las fuentes de la crisis del sistema político, cuyos mecanismos lo llevaron a la autoliquidación.

Para este momento, el liberalismo criollo habría perdido buena parte de su empuje intelectual. Pasado el tiempo de sus primeros voceros, y los años de aspiración hegemónica, poco será el aporte genuinamente *liberal* a las ideas políticas venezolanas. El dominio político del Liberalismo Amarillo debilitaba el debate, conminando al adversario a reconocer “la supremacía del Partido Liberal”, y exigiendo al partidario “la solidaridad del Partido Liberal con su propia historia” y reivindicando “todas las glorias que él ha conquistado para la patria en la legislación, la política y la administración” (Reconstitución Liberal, 1894, en Magallanes, 1973:151).

La elección del merideño Ignacio Andrade como presidente de la República, bajo los auspicios del general Crespo, era producto de este peculiar sistema en el cual el caudillo dominante apuntalaba una figura sin aspiraciones y de “probada adhesión a la causa liberal” (Andrade, 1955:15), tomada como su principal credencial, más allá de la dependencia hacia Crespo. La muerte de éste desencadenaría la desbandada contra Andrade, quien carecía de una plataforma de negociación apropiada para imponerse a numerosos aspirantes que sentían, acaso no como Andrade, que acceder a la presidencia era su derecho legítimo. Lo que era una crisis del sistema, era evaluado por Andrade como una desatención a los principios de la causa liberal, y como la superposición de intereses facciosos sobre los del Gobierno Constitucional. Sin Crespo, esta ecuación no daba resultado: el Partido Liberal procede –ciegamente– a actualizar su potencia conflictiva interna:

Pero, si el Partido Liberal corre ciego hacia el abismo; si el genio de la Patria vuelve los ojos ante el espectáculo de nuestros escándalos; si estamos condenados ya al cumplimiento de leyes inflexibles de renovación en nuestro estado político y social, creo que sólo, por medio de una autoridad suprema y única, que anticipe en fórmulas excepcionales los resultados de una evolución natural y civilizada, es, que podría llegarse a convertir la fatalidad de los sucesos, al

rumbo de los pueblos que trabajan y progresan en el seno de la paz y el derecho (Andrade, 1955:20).

Cuando Andrade es testigo de cómo “los viejos y los nuevos luchadores, unidos por el vínculo de la Causa” (p. 75) abandonan al gobierno a favor de Cipriano Castro, en quien ven un conveniente aliado para dejar de lado a Andrade y recomponer al Partido Liberal, no escatima calificativos:

... El Partido liberal se hunde en el oprobio de las más increíbles complicaciones; y bajo la ascendente marea de la ignominia, muchas espadas se anegan definitivamente en la vacilación de las manos indignas que las empuñaban (Andrade, 1955:20).

La etapa de predominio de Castro y Gómez, denominada por Manuel Vicente Magallanes como “réquiem de los partidos” (Magallanes, 1973:205-219), fue en realidad producto de los dispositivos del sistema político Liberal Amarillo, y no de una invasión externa. Los líderes del directorio del Partido Liberal Amarillo en Caracas, Andueza, Ayala y Pulido azuzan el alzamiento de Castro para estimular la crisis del gobierno de Andrade. Apenas éste cae, cuando Castro, líder de la Causa Liberal Restauradora, es recibido como jefe de Estado por el mismo gabinete de Andrade, por los mismos que durante tantos años han contribuido al desbarajuste político y administrativo venezolano. No parecieron prever, sin embargo, que Castro trastornaría la relación entre el partido y el Estado. Así, el conjunto de amenazas a la causa liberal:

... estaba destinado a determinar, como necesariamente determinó, un irresistible movimiento de unificación del liberalismo en peligro. Pero hacer de Castro el centro de ese movimiento, y consagrarlo en el Capitolio como cabeza de la Nación y jefe de su más poderosa agrupación política, era el hecho más absurdo que podía cometer el partido liberal contra sí mismo (López, 1899:23).

Esta “falsa concepción de la situación” hirió terriblemente al sistema Liberal Amarillo. Alrededor de Castro se formó una Compactación Liberal, que declaró al tachirense como continuador de la obra del “gran partido” (Pachano, 1901), pero rápidamente se debilitó su apoyo al gobierno. Irónicamente, el último gran intento de reimposición del liderazgo de los partidos en términos de la política decimonónica se hace a través de la formidable unión temporal de liberales y nacionalistas, inspirados en la defensa de su sistema y movidos por la acción de sus caudillos en la Revolución Libertadora (Velásquez, 1991:68-70); su derrota hace que “el desgaste político y militar del sistema político caudillista vigente desde el término de la Guerra Federal” llegue a su fin (Quintero, 1991:101-106). Si la figura política del caudillo era central al sistema político Liberal Amarillo, la sustentación del Partido

Liberal Amarillo quedaría en entredicho en adelante, en tanto Castro (y luego, aun más profundamente, Gómez), perfeccionan la centralización del poder. Los partidos históricos, como articuladores de las demandas y poder caudillistas, van perdiendo su importancia (aun intentando acoplarse a las circunstancias); se habla de una fusión entre nacionalistas y liberales, y, aún más, se habla de unidad nacional, que tanto Castro como Gómez invocarán contra los partidos:

Y no se diga que los partidos políticos son necesarios en la vida de las naciones, cualquiera que sea el grado de cultura que éstas hayan alcanzado. (...) Cuando ya la lucha ha terminado por el triunfo definitivo del derecho, cuando las sombras del error político han sido disipadas (...) no hay ni puede haber más de un partido: el de la unidad nacional (Castro, citado por Magallanes, 1973:208).

A su vez, la influencia política de los doctores del Liberalismo Amarillo se vería crecientemente menguada, por extinción natural o por el ascenso de nuevas generaciones civiles al servicio de los regímenes andinos (Urbaneja, 1988:55).

En el caso de Gómez, éste también contó parcialmente con la presencia de viejos políticos liberales en sus maniobras para deponer a Castro en 1908, esperando éstos restaurar el orden de la República Liberal Amarilla. En 1909 lo ven como la solución perfecta al enojo que resultó ser Castro, como se lee en esta proclama del Partido Liberal del estado Yaracuy:

Es voluntad del país confiar la dirección de sus destinos, en el próximo período constitucional, al Benemérito General Juan Vicente Gómez, por la fe inquebrantable que tiene en su profundo amor a la patria, y como un deber de gratitud por los servicios que ha prestado a la unión tan meritorio ciudadano; y es en cumplimiento de este deber ineludible, que nosotros, que constituimos las mayorías liberales del Yaracuy, manifestamos solemnemente nuestro querer de que el Congreso Nacional elija para presidir Constitucionalmente la República al General Juan Vicente Gómez (Partido Liberal del Estado Yaracuy, 1909:1).

Pero el cumplido no es recompensado. La causa *liberal* no recibe el respeto que merece, y sus aportes ideológicos son despreciados.<sup>3</sup> Durante la vida del régimen, los liberales y nacionalistas afilarán su animosidad hacia éste, aunque sin

---

<sup>3</sup> “Nuestros partidos históricos, que nacieron con la Guerra Civil de la Independencia (...) titularon godos y liberales, no profesaron doctrinas políticas definidas sino cuando los unos sostenían las banderas del Rey de España y los otros luchaban por obtener la Independencia (...) Estudiar con otro criterio aquellos movimientos, atribuirlos exclusivamente a influencias de principios, es desconocer las causas fundamentales de nuestra evolución histórica y permanecer en la errónea creencia de que en Venezuela hayan existido partidos doctrinales, con opuestas tendencias, y que nuestras luchas intestinas fueron ocasionadas por cuestiones constitucionales” (Vallenilla Lanz, 1991:133, 140).

apuntar contra el modelo social y económico que, bajo el auspicio de Gómez, se fortalece. La creciente concentración del poder, en contraste al frágil equilibrio sostenido por los regímenes liberales, es muestra de su intención de desarticular el ya prácticamente inexistente aparato político del Liberalismo Amarillo.

El proceso de modernización de la hacienda y el Ejército, la articulación del sistema económico a favorables condiciones de transformación de capitalismo mundial, son malos *en tanto* apuntalen el dominio del “taimado”, “corrupto” y “feroz” gobernante. Así, la lógica de los liberales y nacionalistas, sometidos una y otra vez por un gobierno que instrumentalizaba la modernización del Estado para reproducir pertinazmente sus propias estructuras de dominación (Urbaneja, 1988: 62), sólo los disponía a un ataque hacia el poder formal del régimen, con planes “simplemente golpistas” de los “caudillos desterrados” (Magallanes, 1973:249). En tanto que toda oposición política está proscrita, y muchos de sus integrantes se encuentran en el exilio, el recurso al alzamiento violento es la regla.

Desde temprano, estos movimientos –como la *Nueva Venezuela*, la *Sociedad Patriótica Venezolana*, la *Unión Revolucionaria Venezolana*, y la *Unión Cívica*– aglutinarán a los viejos políticos del viejo liberalismo, que intentarán derrocar a Gómez. Iría creciendo la distancia entre estos hombres, sin recursos ni aliados, y las nuevas generaciones que a la luz del proceso de modernización, y como producto no deseado del mismo, van surgiendo en la oposición política. También disminuiría la fe de los viejos liberales en sus intentos de regresar antes que falleciera Gómez. Tras su muerte, la mayoría de los viejos políticos contaban, con el ánimo de haberle sobrevivido, por un lado, y con la ilusión en que el largo paréntesis, aunque había destruido toda estructura del régimen Liberal Amarillo, había atenuado un poco su descrédito.

## LA VENEZUELA DE 1936

La distancia entre la estructura social y económica que abrigaba a la República Liberal Amarilla y el estado de cosas existente a la muerte de Gómez, había cambiado considerablemente. Aunque las desigualdades sociales y económicas que abatían a amplios contingentes de la población continuaban, y aunque aún poseían influencia algunos hombres del régimen gomecista, había evidencias que apuntaban hacia una sociedad transformada.

La pacificación de Venezuela a partir de 1903, y la creciente centralización de poder alrededor del Ejecutivo Nacional, que racionaliza (aun al servicio del personalismo gomecista) la administración de hacienda y la organización militar, permite

un período de modernización que revincula Venezuela al proyecto modernizador del siglo XIX y permite la integración creciente de Venezuela dentro de su territorio y con la renovada expansión del capitalismo mundial (interesado en el orden que garantiza el régimen), así como el desarrollo progresivo de una burguesía nacional, que sometería la preponderancia del medio rural en la cultura política venezolana y, en el desarrollo de su pujanza económica, provocaría la urbanización creciente –aunque todavía no mayoritaria– de la población (Carrera Damas, 1988:110-112). Estos factores se ven actualizados en su potencia expansiva por el cambio de base económica del Estado, que desde los veinte, está en los ingresos percibidos por las contribuciones al fisco que desde el extranjero derivan de los enclaves petroleros. Lo que la pacificación inicial había permitido en términos de recaudación y de su efecto en el impulso modernizador del régimen, se veía entonces multiplicado por el ingreso petrolero, que acelera el proceso (Urbaneja, 1988:62-63). Si bien la “cultura rural” no había desaparecido, el conflicto entre los intereses locales (sustentados por la economía tradicional) y el poder central (que cuenta con mayores recursos y herramientas) ya se había decidido a favor del Estado central.

Este proceso, sin duda, era aún incompleto: la influencia de la economía petrolera alimentaba a un Estado que poco se hacía sentir sobre la sociedad, más que como garante del orden. Venezuela era “uno de los países más atrasados del continente americano” (Sanín, 1982:36 ss.). Pervivían los modos de explotación y relación laboral premodernos en el campo, mientras que en las ciudades el incipiente sector obrero no contaba aún con la seguridad que en otros países disfrutaba. Subsistía, además, un importante atraso en la infraestructura educativa y de salud, lo cual atentaba contra los parámetros de expansión demográfica que apuntalarían el proyecto modernizador (Díaz Sánchez, 1983:160-161).

La integración territorial venezolana también era parcial. Sectores remotos y desconectados del territorio viven despoblados e insalubres. El eje económico centro-norte costero, la región andina y la región zuliana, aunque gozan de cierto nivel de desarrollo, no forman una economía verdaderamente nacional. El recurso petrolero, como factor dinámico del crecimiento económico, sólo llega a manos del Estado, siendo explotado por compañías extranjeras que, más allá de sus enclaves, no se ocupan de la periferia en que se ha convertido la economía rural venezolana (p. 160). Esto acrecienta en diversos sectores el sentimiento antiimperialista que, desde la crisis del bloqueo de 1902, había entrado a formar parte del lenguaje político venezolano.

Frente a esta situación, y en medio de circunstancias inusitadas de apertura política, la discusión sobre el futuro del país y de su sistema político cuaja en una

miríada de propuestas que, desde los años del régimen gomecista, habían aflorado en el seno de la sociedad. En esta etapa, partidos embrionarios y células aisladas de nuevos movimientos toman cuerpo para predecir lo que será el futuro sistema de partidos. De una época donde esa evocación era incómoda, florece un resurgir de la idea de partido como canalizador de los planteamientos de la sociedad y sus grupos hacia los órganos del poder público. Los debates entre las diversas posiciones, ya expresados antes de la muerte de Gómez, van formando los clivajes alrededor de los cuales se formarán los partidos modernos.

Uno de estos clivajes importantes es aquel que se da entre la democracia y el Estado liberal frente a las nuevas ideologías del siglo XX. El momento ideológico que vive Venezuela en 1936, sin embargo, no invita a la reproducción estática del esquema liberal existente. Había entonces un clivaje entre los sectores más conservadores (defensores de las instituciones constitucionalmente existentes), y los reformistas moderados (que pretenden, sin poner en riesgo la democracia liberal “burguesa”, adaptarla a las nuevas doctrinas económicas y políticas que alimentaban los cambios en las democracias más avanzadas).

Sin embargo, los últimos veinte años habían sido críticos para la existencia misma del Estado liberal. El descreimiento hacia la doctrina liberal ordinaria, sobre la cual se sostenían las instituciones venezolanas, evocaba las críticas que desde la izquierda y la derecha se hacían al liberalismo (Martínez, 2004:23-33). Luego de la guerra de 1914-1918, el encumbramiento de teorías alternativas al liberalismo, negadas a la democracia representativa, presentaba un clivaje adicional, entre quienes defendían la democracia “burguesa” y los propulsores de las doctrinas nazifascista y comunista, que tenían eco en el país, fuese por la adaptación de las diversas corrientes a los problemas venezolanos, o fuese ya por “la irresistible admiración que el venezolano siente hacia lo pintoresco y fanfarrioso” (Díaz Sánchez, 1983:119). En cualquier caso, las amenazas “fascista” y “comunista” cabían en el lenguaje político del momento; lenguaje que, luego de años de predominio, encontraba al vocablo liberal desprestigiado y en crisis.

Otro llamativo clivaje es el de nación/imperio. Organizaciones como el Partido Revolucionario Venezolano y la ARDI serán los primeros voceros de un proyecto antiimperialista (que definiría su curso *nacional* y no *internacionalista* en los debates entre los marxistas más ortodoxos y la heterodoxia que plantea el problema en los términos “de la realidad venezolana”). Otros grupos ven el rol de Venezuela como menor en la escena internacional: mientras más se pueda obtener del arreglo con el capital extranjero, en mejor posición estaría Venezuela para fomentar su propio desarrollo y plan modernizador.

Existe, además, el clivaje política de masas-política de élites o, como se ha de plantear entonces, entre *pueblo* y *oligarquía*. El crecimiento demográfico y el creciente éxodo campesino hacia las ciudades fomentaban el desarrollo de un sector urbano desarraigado de sus nexos tradicionales, dispuesto a la movilización pero con pocos derechos o vocería política. Aunado a esto, bullirán las crecientes presiones de los sectores medios donde había calado el mensaje de las nuevas ideologías (especialmente el socialismo), y que no habían logrado relacionarse positivamente con los viejos opositores del gomecismo. Para las nuevas generaciones, los prohombres, jefes y doctores que habían ocupado la administración durante las décadas anteriores –representantes de la clase dominante– excluían en sus derechos a las mayorías populares, no permitiéndoles organizarse autónomamente. Para políticos más conservadores, el contenido “popular” de estos jóvenes mensajes no era sino una oferta demagógica, interesada, y antagónica con el manejo del Estado, y cuyo radicalismo sólo podía alimentar ánimos regresivos.

A su vez, existieron una serie de clivajes que, aunque secundarios, se ubican en el debate público que florece a partir de 1936: el clivaje civil-militar, el clivaje tradición-modernidad, unidos a otros debates que, no sin consecuencias, se articulaban en los otros temas de la agenda que discutía la ferviente opinión pública.

En general, estos debates forjarían lo que a la vista de la opinión y sus voceros serían las *izquierdas* y las *derechas*.<sup>4</sup> Aunque los estudios sobre la época han diseccionado y estudiado las diversas posturas, resulta adecuado mantener esta división: tales serían los sectores antagónicos de la década siguiente en la historia venezolana, a la luz de los actores del momento, quienes verían nacer entre sí una variedad de partidos. Las historia de las izquierdas venezolanas durante la década de los treinta ha sido extensivamente historiada: el éxito e influencia de estos jóvenes partidos en la política venezolana del siglo XX, en su papel de actores principales, justifica ampliamente esa literatura. A su vez, serían las que, pese a sus diferencias, lograrían formar lo más parecido a un bloque de acción política, el *Bloque de Abril*, en el cual ORVE, el PRP y otros partidos menores procurarían que se renovaran los poderes públicos a través de elecciones populares, así como apoyar la naciente formación del movimiento obrero venezolano.

Por su parte, el gobierno del general López, intentando apaciguar las movilizaciones populares que reciben el convulsionado inicio de 1936, calma las

<sup>4</sup> Según Herrera y Alva, esta clasificación no es útil. Ellos sugieren los matices de conservadores, moderados y radicales (Herrera y Alva, 1998:63-94), colocando a los viejos partidos entre los primeros. Esto no contraría el que nosotros los hayamos ubicado en las “derechas”.

aguas con un programa que compromete a su gobierno y al Estado venezolano con el impulso modernizador de los tiempos, dotando a éste de una agenda propia, exigiendo concertación nacional y además cambiando de forma radical el modo de relación entre el Estado venezolano y la sociedad. Lejos del binomio partido-Ejército que caracterizó a la República Amarilla, y lejos del trípode líder-Ejército-Estado del régimen gomecista, daba al Estado un rol creciente de intervención sobre la sociedad y la economía.

Se trata del *Programa de Febrero*, en el cual, luego de reflexionar sobre las “necesidades actuales de la República” y “la complejidad de problemas de reconstrucción nacional a que el gobierno tiene que enfrentarse”, plantea una serie de acciones novedosas. A través de este programa, López insiste en los contenidos esenciales del proyecto liberal sobre cuyo tránsito ha intentado forjarse el Estado venezolano: legalidad y garantías políticas, sana administración de la justicia, derecho a la propiedad, integración del territorio, manejo escrupuloso de los fondos públicos, autonomía de los poderes públicos, restauración de las competencias municipales, profesionalización de la administración pública, avance en el comercio, etc. Pero sobre esta lista de políticas liberales, el presidente López traza un conjunto de medidas que demuestran un cambio en la apreciación del país y en la percepción del rol que ha de cumplir el gobierno: legislación laboral, seguridad social, fomento de los gremios y sindicatos, higiene pública, alfabetización, expansión de la oferta educativa pública, fomento de la agricultura y cría con bases racionales y económicas, poblamiento y colonización de zonas inhóspitas, etc. (López Contreras, en Suárez Figueroa, 1977:123-134).

Con esto, López logra calmar a la oposición de izquierda, por un lado, y neutralizar a los sectores más refractarios frente al programa modernizador, por el otro; amplía con esto el espectro político que sigue al gomecismo, pero sólo en los términos de la nueva administración. En elogio a su conservadurismo, “...el programa cumplió su objeto político inmediato: evitar un estallido popular” (Díaz Sánchez, 1983:76-77). López Contreras no logró acallar la oposición, pero centró la discusión lejos del tema económico y social, hacia el tema político, donde la medida era clave. Diversos sectores se lanzaron en apoyo del gobierno. Entre ellos, estarían los liberales redivivos.

## EL INTENTO DE RECONSTITUIR LOS PARTIDOS HISTÓRICOS

En el hervidero político que sobrevino a la muerte del general Gómez, volverán al país cientos de exilados que habían salido del país a lo largo del régimen gomecista. Entre ellos, regresarían generales y caudillos liberales, viejos ministros

e intelectuales dedicados a la comunicación epistolar y a la publicación de manifiestos en periódicos extranjeros. Domínici, Olivares, Ortega Martínez, Smith, Morales, Camacho, Monagas, Mibelli, Montes... Casi todos ancianos, habían vivido sus años de buena estrella política bajo la bandera del Liberalismo Amarillo, a veces unidos en su esfuerzo por derrocar el régimen de los “andinos”.

A estos personajes dirige su carta Andrés Pacheco Miranda; con ese documento llama la atención de suficientes viejos liberales, quienes darían prestigio al proyecto restaurador. Dicha carta refleja el tono con el que los liberales de 1936 publicarán sus manifiestos y presentarían sus programas, marcando la finalidad del experimento. Para Pacheco, es urgente la reconstitución del Partido Liberal, para así poder salvar la democracia de la amenaza de los *funestos exotismos*, y las doctrinas que entonces confundían las mentes de los jóvenes, en un tiempo desconcertante. Son los liberales viejos los que tienen las *reservas morales* que, durante años de tiranía, se han perdido entre los venezolanos:

La reconstrucción del Partido Liberal es un derecho y un deber. Es un derecho que les impone la Patria y es un deber que nos exige la tradición histórica de ese mismo partido que pudo naufragar en una época dolorosa para la existencia de la República, pero que el Dios que dirige los sucesos humanos salvó en ustedes las reservas morales con que ha de alimentarse el nuevo edificio de la Democracia Venezolana. (...) No será la primera ni la última vez que el Partido Liberal evita con su poderosa energía y sus principios avanzados el hundimiento de las instituciones democráticas (Pacheco Miranda, 1936:1).

Estos personajes “que por sobre la tragedia venezolana de los últimos años han conservado limpios sus nombres de liberales y de patriotas, son los llamados a prestarle este nuevo servicio a Venezuela” (p. 1) ¿Cómo pueden prestar este servicio? ¿Qué los puede mover a salir de su retiro? El unirse a la concertación nacional que demandaba el presidente López alrededor de su Programa de Febrero: “...procediendo a la organización inmediata del partido Liberal sobre la base del programa político del Señor Presidente de la República y bajo el gualda histórico de la bandera Falconiana, cuyos ideales se reafirmarían” (p. 1). Y así, repetidas veces en su remitido, iguala la propuesta de López con el programa histórico del Partido Liberal, estableciendo el vínculo que, sin solución de continuidad, habría entre los pensadores políticos de Venezuela en 1840 y la realidad política, social y económica de 1936:

El programa político que dio al país el Señor General Presidente de la República, es el mismo programa redentor del Partido Liberal de Venezuela. Necesario es colaborar con el Supremo Magistrado en el desarrollo de ese programa, pero

colaborar individual y colectivamente bajo la misma bandera que nos legara Tomás Lander”.

De los destinatarios directos de Pacheco Miranda, sólo J.M. Ortega Martínez respondería, organizando prontamente una pequeña convención del Gran Partido Liberal, a comienzos de junio de ese año, luego de contestarle a Pacheco que tal reconstitución él la venía “también acariciando, y que en vista de las fuerzas negras y rojas que conspiran contra la república” llegó “a considerar como un deber patriótico” el revivir al partido (Magallanes, 1973:313). A este partido se unirá el Partido Liberal Anticomunista de Alejandro Ybarra, fundado hacía pocos meses. Separadamente, como veremos, aparecerán el Partido Liberal Amarillo Histórico, liderado por Ulpiano Olivares y Ezequiel Camacho, el Partido Nacionalista o PARNAC (que eventualmente se fusionaría con el Gran Partido Liberal) y otros partidos regionales (en Táchira, Bolívar y Oriente).

Ortega Martínez, quien se convertiría en el presidente del Directorio Central del partido, refleja en su biografía la trayectoria y peripecias de muchos de sus compañeros actuales. Habiendo regresado al país de su “meritorio exilio” en enero de 1936, Ortega resume en él los últimos años del Liberalismo Amarillo decimonónico. Nacido al inicio de la Guerra Federal, llegaría a ser un “abogado, militar y político” de consideración. Miembro del Gabinete durante el último gobierno del general Crespo (y luego del general Gómez) como Ministro de Obras Públicas, y diputado al Congreso durante la crisis del liberalismo en 1898, es miembro de la Compactación Liberal que apoya a Castro, antes de pasar a las filas de la Revolución Libertadora (como secretario de Manuel A. Matos y como comandante de tropas), por sus desavenencias con el régimen restaurador. Separado de Gómez, como otros tantos liberales, por la propuesta de reelección en 1913, sería un tenaz opositor al régimen “andino”. Cuando revive el Gran Partido Liberal, tiene casi ochenta años, y al menos sesenta años de carrera política.<sup>5</sup> Pero, como subrayó un liberal durante los años del gomecismo, “Ortega Martínez es un caballero muy culto, nacido para los salones, ilustrado, sin vinculaciones con las masas” (Luciani, 1931:130). No sería ésta la descripción adecuada del jefe de un partido moderno.

Quienes le acompañan han calcado la carrera de Ortega, viéndola como una trayectoria plausible. Ven con cierta condescendencia (los más viejos) o sorna (los

---

<sup>5</sup> Una semblanza biográfica del personaje aparece en la entrevista que *La Esfera* le dedicase el 1° de febrero de 1936. Curiosamente, las pequeñas biografías de Ortega que aparecen tanto en el *Diccionario de Historia de Venezuela* de la Fundación Polar, como en la colección *Pensamiento político venezolano del siglo XX*, señalan que murió en el exilio, en 1933.

que son relativamente jóvenes) a los nuevos políticos. Espíritu Santo Morales, “egregio y benemérito general”, fiel liberal amarillo andino y enemigo acérrimo de Cipriano Castro, casi centenario, será designado como Presidente Honorario del Partido Liberal del Táchira, sólo para morir al poco tiempo. Por su parte, los miembros principales del Partido Liberal Amarillo Histórico eran casi todos generales y coroneles de las antiguas fuerzas amarillas.

Los viejos liberales de 1936 le presentarían a la bulliciosa opinión pública del momento sus manifiestos y programas. En ellos se observa no sólo el juicio que tienen sobre la realidad venezolana del momento, y las soluciones que proponen a los que serían, en su criterio, los problemas más apremiantes, sino, además, la visión que han reproducido una y otra vez sobre el rol del Partido Liberal en la historia venezolana.

### Los manifiestos y los programas

Los primeros documentos que aparecen de los grupos que intentan revivir el viejo liberalismo criollo son los del Partido Liberal Anticomunista. Luego de ponderar sobre la “peligrosa situación política por donde atraviesa el país”, avanzan con una declaración contundente que, aunque propia de esta clase de textos, no deja de producir cierta perplejidad:

El Partido Liberal Anticomunista no admite que ningún otro partido, gremio o agrupación política, sea más amante de la libertad ni que de raíz sea más democrático que él mismo. (...) El Partido Liberal Anticomunista plenamente convencido de la sabiduría de esas Naciones [las democracias liberales de occidente], se levanta sin vestigios de temor y conciencia muy tranquila ante esa pseudodemocracia, repleta de licencia que hoy abunda y a la vez está de un todo dispuesto combatir esa quimera con todos los medios que a su alcance tenga (Partido Liberal Anticomunista, 1936a:1).

El Partido Liberal (ahora anticomunista) es la encarnación de la democracia venezolana, de la *verdadera* democracia venezolana, y por eso “NO DA PIE NI CUARTEL”, pues “cree que la contaminación que hasta ahora han logrado [los comunistas] entre los venezolanos se debe única y exclusivamente a la falta de creación y a la tolerancia que hasta ahora hemos demostrado” (p. 6). A los obreros, prometen los liberales, no se les darán apoyos “efímeros” sino “eficaces”, sin usar el sistema de “animar al pueblo con ofrecimientos de pura fantasía (...) falsa Arcadia (...) que sólo sirve de pantalla a la más abominable tiranía aún concebida por el hombre” (p. 6). Cabe recordar que es 1936, y que las noticias de la Unión Soviética, y

la literatura que apunta hacia la conspiración de los elementos comunistas alrededor del mundo, no podían ser aceptables al básico credo liberal. Comprensiblemente, en buen ánimo liberal, a los liberales criollos les repugna la idea de un régimen totalitario. Ni siquiera en sus momentos de hegemonía más férrea, podía el liberalismo venezolano acercarse a esos modelos.

Sin embargo, ¿qué, o más bien, quiénes son los comunistas? Los nuevos políticos, los que traen ardidés y trucos para imponer una “pseudodemocracia”, amenazando a un renacido régimen democrático “que no podrá mantenerse con palabras ni prosperará nunca en una avalancha de retórica y de gestos teatrales”, en este “Carnaval de Política que venimos celebrando desde la extinción del anterior régimen” (Partido Liberal Anticomunista, 1936b:112).

Casi al mismo tiempo aparecían documentos y boletines del Partido Liberal Amarillo Histórico, que retoma un viejo lema con su “Dios.- Patria.- Leyes.-”. Este partido surge independientemente del Liberal Anticomunista y del Gran Partido Liberal, asumiendo ser el verdadero Partido Liberal, y acusando de heterodoxia y oportunismo a los otros partidos que en el momento surgieron. Sospechan, sobre todo, de los liberales que han atendido el llamado de Pacheco Miranda. Su “concentración liberal”, purista, si cabe, está enfrentada “a nuestros sistemáticos enemigos de todas las épocas: LOS GODOS” promoviendo el “indestructible credo liberal y bajo el lema prestigioso de la divisa de Falcón y Zamora” (Partido Liberal Amarillo Histórico, 1936a:120). Contrarios a toda tendencia extremista, ven en los “godos” y en los más radicales, una amenaza contra la “tendencia, que sería invariable, de no arrebatarle a los ciudadanos su derecho de elegir libremente las personas que han de representarlos” (p. 122).

Rápidamente, los liberales amarillos históricos asumen una posición autocrítica que es aminorada con una alusión declaratoria al sufragio (cuya extensión es herencia liberal amarilla, por supuesto), sin mayores consecuencias. Llaman a los liberales anticomunistas sus aliados, pero rechazan cualquier vinculación con nacionalistas y otras agrupaciones similarmente denominadas. Sin embargo, deciden montarse también en el tren del Programa de Febrero. Como dirán en unos párrafos antes de esbozar su programa:

... el Partido Liberal Amarillo Histórico se ha esmerado en hablarle al pueblo venezolano en su propio idioma vernáculo, en conducirlo, no por vericuetos, sino por caminos claros, rectos y amplios; en no engañarlo; en calmar sus pasiones, en disipar sus prejuicios, en hacerlo oír la voz de la razón y de la verdad, y en ahorrar palabras para concretar sus actividades en el sentido de cumplir su

«USTEDES, LIBERALES DE PRINCIPIOS...». LA LUCHA POR LA EXISTENCIA DEL LIBERALISMO HISTÓRICO ...

PROGRAMA POLÍTICO, que es el mismo proclamado por sus ilustres fundadores, robustecido hoy con el PROGRAMA DE FEBRERO (...) documento de altísima trascendencia que encierra todas las necesidades, anhelos y aspiraciones del pueblo venezolano (...) que ha de servir de pauta a los actuales y futuros gobernantes de Venezuela (Partido Liberal Amarillo Histórico, 1936b:126).

Es un sumario claro del lenguaje liberal que hereda este partido. Los liberales amarillos dicen bien cuando señalan que hablan con un lenguaje familiar: se trata del mismo lenguaje político del último siglo, de la democracia censitaria, de la diatriba entre élites. Tal como muchos recuerdan, acaso simplificando demasiado, a las instituciones democráticas bajo la república liberal amarilla. El lenguaje nuevo, lleno de “vericuetos”, pertenecía hoy a otro partido.

El Gran Partido Liberal, que intenta sumar en su núcleo a los otros, se funda finalmente a mediados del año. J.M. Ortega Martínez, en un discurso en el Ateneo de Caracas, señala los valores esenciales del renovado Partido Liberal, resume el credo liberal: libertades civiles, libertad de pensamiento, orden público, igualdad ante la ley. Establece así Ortega el valor del Gran Partido Liberal, sin dejar de lado el intento de renovación:

Si queríamos democracia, estaba claro, que se necesitaban los partidos, pero no estaba de acuerdo con resucitar ninguno de los viejos partidos históricos; que lo importante, lo verdaderamente trascendente, no era revivir banderías y personalismos anacrónicos, *sino galvanizar, inyectándole savia nueva, al liberalismo venezolano, modificando y adaptando a las nuevas necesidades económicas y sociales de nuestro medio venezolano, sin lo cual el esfuerzo quedaría irremisiblemente condenado al más rotundo y merecido fracaso*. El liberalismo venezolano, como factor constructivo en la lucha política y social, tiene necesariamente que voltear resueltamente las hojas del pasado, por lo menos, aquellas hojas del pasado que la experiencia histórica muestra como inservibles y hasta perjudiciales en la actualidad. (...) Claro está que la denominación que mejor cuadraría a nuestro partido sería la de Liberal. Esta denominación nos sitúa automáticamente en el centro de la política y responde a las dos grandes pasiones históricas del pueblo venezolano: la libertad y la igualdad; pero la libertad organizada, —es decir, limitada conforme a la realidad política económica y social del pueblo venezolano— y por el derecho y las legítimas aspiraciones de los otros, exceptuando los dominios del pensamiento, y la razón pura que deben permanecer libres de toda intervención mientras no ataquen las esencias mismas de la república o atenten contra la seguridad del Estado. El trabajador honrado, el esfuerzo viril de producción del hombre, fuente legítima de la propiedad; he aquí el fundamento de la verdadera libertad (Ortega Martínez, 1936:1).

Continúa proclamando los inmortales principios de LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, del liberalismo clásico, pero consciente de las nuevas tendencias y necesidades de la época se prepara a luchar ahora, con el mismo entusiasmo y decisión de antaño, por los DERECHOS SOCIALES DEL OBRERO VENEZOLANO (Gran Partido Liberal, 1936a:2).

El anciano Ortega da en esta declaración la clave del problema: habían de hablar un lenguaje distinto, atraer a los jóvenes, deslastrarse de las viejas banderías. Hacer eso, sin desechar por completo los logros y principios políticos del liberalismo tradicional, era la tarea a la cual conminaba a los liberales allí reunidos. La pregunta, claro está, era si podían hacerlo. Prontamente, Ortega Martínez insiste en la táctica que, al momento, es la favorita de los partidos liberales de 1936:

El programa de gobierno del General López Contreras ofrece vasto campo a la iniciativa, aun de carácter avanzado, que pueda tener nuestro partido. Quizás la adopción de ese programa como base del trabajo del Partido liberal sea lo más conveniente para iniciar su actividad, sin que ello quiera decir que el partido, en el curso del tiempo, no pueda desechar, modificar o combatir aquellos puntos de ese programa que por obra o interpretación gubernamental se aparten de los principios básicos que sostenemos, pero siempre dentro de la ley (Ortega Martínez, 1936:1).

Esta táctica, sin duda, tiene sus atractivos. Cuatro meses han pasado desde que López definiera su programa. Para el momento, era una apuesta segura, quizás demasiado conservadora. Pero tal era el ánimo del Gran Partido Liberal: convertirse en el partido que el gobierno no tenía, asumir la agenda de éste y diferenciarse claramente de sus competidores, en la derecha y la izquierda:

Se desprende como corolario de nuestra oposición al uso de la violencia revolucionaria colectiva, nuestra actitud frente al marxismo que la proclama como su instrumento favorito de acción. El neo-liberalismo venezolano tiene que ser por definición y por doctrina enemigo declarado del comunismo y el socialismo marxista. Sostenedor del principio de la propiedad privada legítimamente adquirida por el trabajo honrado como base de la verdadera libertad humana, respetuoso de la libertad de conciencia, mantenedor de los fueros del espíritu sobre las bajas pretensiones del materialismo soviético, nacionalista en la más alta acepción del vocablo, defensor de la familia y de la moral y costumbres de nuestros antepasados, el neo-liberalismo venezolano tiene que rechazar globalmente y combatir por todos los medios a su alcance la propagación e implantación del ideario marxista en Venezuela (p. 1).

La violencia, no ignora Ortega Martínez, no ha sido monopolio de los comunistas. En Venezuela, más bien, ha sido un modo de vida para el liberalismo. Pero claro, no es la violencia “insidiosa” de la acción clandestina, del golpe de Estado, sino la de los campos de batalla, donde el liberalismo histórico reivindicó su causa repetidas veces. No son los liberales hombres de puras palabras, sino de acción. Aunque son épocas superadas, y aunque haya situaciones que corregir, es un rasgo que los separa del “circo político” al que se referían sus aliados, los liberales anticomunistas:

EL GRAN PARTIDO LIBERAL ha sido siempre el defensor de las libertades y derechos del pueblo. Sus hombres han cometido errores que el NUEVO LIBERALISMO venezolano reconoce con honradez patriótica en su anhelo ferviente de rectificación republicana. Fue el GRAN PARTIDO LIBERAL que hizo al negro y al indio IGUALES jurídicamente al blanco, destruyendo la injusticia colonial del sistema de castas. Dio LIBERTAD a los ESCLAVOS. Decretó la INSTRUCCIÓN PÚBLICA, GRATUITA y OBLIGATORIA. ABOLIÓ LA PENA DE MUERTE. Y esto no lo hicieron los LIBERALES pronunciando discursos y exigiendo contribuciones al pueblo, sino DERRAMANDO SU SANGRE EN LOS CAMPOS DE BATALLA, y SACRIFICANDO SU BIENESTAR ECONÓMICO y EL DE SUS HOGARES (Gran Partido Liberal, 1936a:1).

Lo que queda dicho es que, aunque ahora los viejos liberales hayan renunciado a su forma normal de acción política (prefiriendo, eso sí, los modos liberales de interacción), lo valioso de sus luchas y, por tanto, su principal argumento para convertirse en los campeones de la democracia y las instituciones liberales venezolanas, se encuentra en la guerra, sustentados en el pasado, planteado por los viejos liberales como lucha épica, donde se forjó su cualidad de *reservas morales* de la nación. De este modo, la resolución bélica de la política liberal –esto es, el solapamiento entre un proyectado orden institucional liberal y la práctica de la política entre caudillos– es disociada cualitativamente de la violencia revolucionaria moderna. Logrados los avances del liberalismo –aun de modo elemental– a través de un ejercicio político no liberal quedaba entonces deslegitimado todo intento nuevo de avanzar la causa política por medio de la violencia. No consideran los liberales, sin embargo, que la posibilidad material del establecimiento –incompleto y tardío– del proyecto liberal se encontró en la reducción de los caudillos.

Hay otro modo, sin embargo, de leer esta aseveración: la lucha entre caudillos, separada ya de sus objetivos pensados y sus alcances reales, no corresponde a la práctica política. Empero, a los viejos liberales les hubiese sido difícil sostener tal combate. Su enemigo actual son los partidos de izquierda. Para el Partido Liberal Amarillo Histórico, éstos son casi tan terribles como los debilitados godos. Para

el Gran Partido Liberal, son peores que aquéllos, al punto que promueven la unidad entre los viejos partidos, incluyendo, por supuesto, al Partido Nacionalista, intento de revivir el movimiento del general José Manuel Hernández (Magallanes, 1973:320). Aunque, en rigor, el Par-Nac de 1936 –como se le recuerda– no es un partido liberal (si hablamos del Liberalismo Amarillo estrictamente), hemos de ubicarlo en la misma familia de partidos, formado ahora por miembros de las clases pudientes de Caracas. Como nuevo ensayo para el viejo Liberalismo Nacionalista, el Par-Nac tiene una agenda apenas similar a su antecesor, sustentado en una abierta agenda anticomunista, proclamándose defensores “por razón o por fuerza” de “la familia, la propiedad y la religión” (Partido Nacionalista, 1937:15), que son la “base de la estructuración social” (1936:162), y dispuestos a combatir “toda tendencia al personalismo, al caudillismo y a las autocracias” (p. 162).

A pesar del tono de sus manifiestos, y excluyendo su pulsión antiizquierdista, los programas de estos partidos fueron bastante moderados, llegándose a clasificar a sí mismos como “partidos de izquierda moderada” (Ortega Martínez y de las Casas, 1937:23). Al haberse acoplado al mensaje del Programa de Febrero, tenían que asumir políticas de corte socializante y, como había ocurrido históricamente con el Liberalismo Amarillo, se plantea cierto nivel de intervención estatal en la economía y en la sociedad (transformada esta intervención de su planteamiento de 1840, cuando las posibilidades teóricas y tecnológicas eran distintas). Así, estos programas articulan, junto al Programa de Febrero, la presencia creciente de los valores del Estado social de derecho, que va desplazando al Estado liberal. Tal como el Programa de Febrero, acoplan a un discurso repleto de garantías y principios liberales clásicos (los derechos civiles y políticos, la separación de poderes, etc.), una lista de propuestas no ortodoxamente liberales (como la lucha contra los monopolios, la asistencia social al obrero, la conciliación entre patronos y empleados, la agremiación corporativa, etc.). Como se desprende claramente del programa del Gran Partido Liberal:

El Gran Partido Liberal anhela el mayor grado de bienestar y progreso posible para la colectividad, la convivencia pacífica de las clases sociales y el mejoramiento inmediato de las condiciones de vida del obrero y el campesino (...) Sostiene el derecho de propiedad privada como base de la verdadera libertad, pero con aquellas limitaciones que exige el bien de la comunidad. Sostiene asimismo que siendo el capital nacional el acervo común del trabajo manual e intelectual de todos y cada uno de los venezolanos, su actividad debe ser regulada en forma tal que su uso no vaya en ningún caso contra el supremo interés colectivo y en consecuencia sostiene el derecho del Estado a regular y coordinar su empleo en defensa de la economía nacional (Gran Partido Liberal, 1936b:152-153).

Y, de modo más enfático, propone:

Que el Estado, por medio de la legislación y una eficiente administración, debe procurar el bienestar no sólo de la comunidad, sino también del individuo, y en especial debe asumir la defensa de los legítimos derechos humanos y de los intereses morales y materiales del proletariado (p. 153).

Similares juicios emergen de los programas de los otros partidos históricos. Aunque plantean abierta y extensamente el problema de la industrialización, el cambio en las relaciones laborales y los derechos del obrero, dejan de lado a la fuerza económica más dinámica del siglo XX venezolano: el petróleo. Más que acomodarse al hecho de que el petróleo venía convirtiéndose en la fuente principal del sustento del Estado, y el combustible del proyecto modernizante que suscribían, los partidos liberales históricos deciden mantener una cautelosa distancia al respecto, si sus programas son evidencia fiel de sus propuestas de política pública. Aunque tanto el Gran Partido Liberal como el Par-Nac mencionan que la explotación petrolera “debe hacerse en forma tal que beneficie en grado máximo la colectividad” (Gran Partido Liberal, 1936b:160) y que la administración de las minas debe ser llevada a cabo rectamente, con una equitativa adjudicación de sus ganancias en nombre de los intereses nacionales (Partido Nacionalista, 1936:164), es común que tengan a la agricultura y la cría como las actividades fundamentales para lograr “la independencia económica nacional” (p. 163).<sup>6</sup> El Gran partido Liberal llama a la agricultura “la industria fundamental del país” y la “base de la economía nacional” (Gran Partido Liberal, 1936b:158) y el Partido Liberal Amari-llo del Táchira lo haría en términos aún más vehementes:

Ha llegado la hora de iniciar el retorno al campo venezolano. Aquí estriba precisamente la causa inmemorial de nuestro atraso y también la fuente de la prosperidad nacional (Partido Liberal del Táchira, 1936:137).

En estas conclusiones del liberalismo histórico redivivo se suman varios factores. En primer lugar, la tendencia histórica del liberalismo criollo, y en especial del Partido Liberal, de defender la causa de la agricultura. Por otro lado, la crítica nacida ya desde el dominio gomecista al desarrollo de la naciente economía petrolera, en tanto modificaba el equilibrio de la economía nacional y debilitaba la influencia de los grupos locales sobre la hacienda pública (Carrera Damas, 1988:110-112). Asimismo, pero íntimamente ligado a lo anterior, es probable que para estos liberales el petróleo haya logrado corromper el orden social venezolano,

---

<sup>6</sup> Cabe destacar que el Par-Nac se había declarado enemigo de todo imperialismo (p. 162).

cambiando el sustento económico de la nación, potenciando la ya adelantada concentración centralizadora de poder alrededor del Estado nacional, rompiendo con los nexos sociales tradicionales, promoviendo el éxodo campesino a las ciudades, y el surgimiento embrionario de un sector obrero y, por ende, el desarrollo de alternativas políticas basadas en nuevos radicalismos. Acaso para 1936 la influencia del petróleo en la vida nacional podía considerarse reversible.

Otro punto que es parte del discurso de los liberales históricos es el de la dignificación, ennoblecimiento, tecnificación, apertrechamiento y el adcentamiento de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, sólo el Par-Nac insistirá en algo que, dada la composición de las directivas de la mayoría de los otros partidos liberales, era una aberración. Entre tantos “generales” y “coroneles” provenientes de la República Liberal Amarilla, la propuesta de los nacionalistas de “abolir el uso indebido de los grados militares que no hayan sido legal y merecidamente otorgados por el Congreso” (Partido Nacionalista, 1936:167) no podía ser bien recibida por los demás.

Por último, cabe destacar que, fieles a su tradición histórica, pero contrarios a la dinámica del Estado venezolano del siglo XX, los liberales y los nacionalistas serán defensores de la forma federal de Estado. El Partido Liberal del Táchira planteará la “regeneración de la célula municipal como elemento básico que ella es del Estado federativo venezolano”, sostenida a través de la autonomía municipal (Partido Liberal del Táchira, 1936a:137-138) y estatal (Partido Nacionalista, 1936:162), avanzando cierta descentralización en asuntos locales, que deben ser atendidos por las municipalidades (Gran Partido Liberal, 1936b:152).

### **La acción política y el rechazo**

Los liberales redivivos procedieron, luego de la formación de su partido y la promoción de sus programas, a avanzar en la creación de adhesión por parte del público, en la demostración de su fuerza política y en la resurrección de las antiguas fidelidades hacia sus movimientos, que consideraban dormidas durante los años de regímenes andinos. Como relatan varios testigos de la época, aun los más amistosos hacia los liberales y los nacionalistas, estos intentos fallaron. Como habíamos observado antes, los partidos históricos sentían una fuerte aversión a la política “carnavalesca” de los embrionarios partidos de masas: funcionarían herméticamente, como un “club” repleto de miembros escépticos sobre su propia organización (Núñez, 1939:390). Al final, el llamado a un nuevo Congreso era la bandera política, en 1936, de las *izquierdas*, del Bloque de Abril, de aquellos que querían aumentar “el estado existente de desorden” (Partido Liberal Anticomunista,

1936a:108). Como resume Ramón Díaz Sánchez, el intento liberal de revivir los partidos sufrió por su propia imagen:

Estas dos ilustres momias, desprovistas de toda esencia idealística, de toda energía creadora, olvidadas de sus propias y profundas tradiciones de odio, se unieron para hacer causa común en la defensa fortuita de su único objetivo histórico: el poder. Tan vetusto era el partido liberal y tan desusada esta tentativa de volver a vivir que aun ante el peligro de sus elementales intereses no pudo formar un solo cuerpo y reapareció fragmentado en dos núcleos que pretendían representar dos distintas ideologías; el actualismo anticomunista y el amarillismo histórico. (...) El partido liberal llamado “de los viejitos” y ridiculizado por el dibujante Leo en una caricatura que se hizo tan famosa como el cognomento de Juan Bimba<sup>7</sup> (...) trató de vigenciar de nuevo arcaicos métodos de propaganda, consistentes en corridas de toros, riñas de gallos, terneras a la criolla y tarjetas de recomendación. Pronto se comprobó su inadaptabilidad. El pueblo venezolano, roto todo nexo vital con esta fuerza del pasado, extrañó el halago (Díaz Sánchez, 1983:57-58).

Más allá de las tácticas electorales específicas, otros críticos de estos partidos añadirían que tanto liberales como nacionalistas, en busca de éxitos electorales, recurrían a tácticas clientelares, al chantaje y hasta la coacción. En 1943 Leonardo Ruiz Pineda se refería así a escenas de la política tachirense:

Actualmente en el Táchira estamos entregados a una enconada batalla electoral, batalla que la gente reaccionaria de allá no deseará perder, porque para ella la consigna es clara y terminante: derrotas electorales en cualquier lugar del país, menos en el Táchira. Y todo porque ella todavía pretende presentar a los estados de los Andes como un perro de tres cabezas, que va custodiar el hueso gordo del presupuesto (...). Por eso denuncio aquí (...) esa campaña obstinadamente anti-venezolana que está siendo reverdecida desde las columnas de un llamado Partido Liberal del Táchira, el cual, incapacitado para trajinar la recta de la decencia política está apelando a esa desprestigiada táctica de la charanga entre aguardiente y ternera oficial, repitiendo así los métodos mercenarios de los emperadores romanos de pan y circo (Ruiz Pineda, 1943:341).

Por otro lado, los liberales y nacionalistas intentaron hacerse presentes en la opinión pública más allá de los episódicos volantes y manifiestos. Estos partidos impulsaron la creación de varios periódicos voceros alrededor del país, como la

---

<sup>7</sup> Véanse los anexos.

*Vanguardia Liberal*, la *Voz de Oriente* en Barcelona, la *Opinión Liberal* en Guayana, *El Nacionalista* y *El Liberal*, en los Andes.<sup>8</sup>

Tácticamente, liberales y nacionalistas plantearon unirse para las elecciones municipales de 1937, unión que no se consolidó por las animosidades que los líderes principales de ambos partidos aún se guardaban. Tal situación fue ilustrada por el furioso intercambio de remitidos entre Víctor B. Maldonado, de los liberales históricos, y Bernardo Guzmán Blanco, del Gran Partido Liberal. Maldonado habría criticado a los del Gran Partido Liberal por negarse a usar la enseña amarilla como símbolo, y por tejer una unión antinatural con los “godos” nacionalistas, en remitido publicado el 30 de junio de 1936. Guzmán Blanco contestó arguyendo la necesidad de unión entre los partidos, en los siguientes términos:

La unión es la fuerza; y sobre este principio nos hemos basado al llamar a nuestras filas a todo aquel que está dispuesto a trabajar honrada y sinceramente porque en Venezuela triunfe al fin la democracia. Será posible entonces que los Liberales Nacionalistas empuñen su bandera, y los Liberales Amarillos la suya. Por ahora sólo somos liberales, y como tales lucharemos con todos nuestros esfuerzos por la implantación real y efectiva de la democracia [que es la “implantación real y efectiva del programa de Febrero del actual presidente de la república”]. (Guzmán Blanco, 1936:3).<sup>9</sup>

En el Congreso Nacional, renovado en 1937, cuyos cargos se elegían indirectamente de acuerdo con la Constitución de 1936,<sup>10</sup> los liberales del Gran Partido Liberal tuvieron dos senadores: el doctor J.M. Ortega Martínez (quien, de acuerdo con nota en *La Esfera* del 7 de marzo de ese año, se retiraría de su posición en el Partido Liberal al asumir el curul como Senador por Yaracuy) y el coronel Domingo Monagas, viejo caudillo, como suplente por Anzoátegui. Andrés Pacheco Miranda y Luis Felipe López aparecerían como principal (por Aragua) y suplente (por Bolívar), respectivamente. En el Concejo Municipal de Caracas, el Gran Partido Liberal obtendría un concejal principal por la parroquia Catedral, el doctor Carlos Morales, y dos concejales suplentes por Maiquetía y San Juan (Rivas Rivas, 1961:126-127; 144-145).

<sup>8</sup> Desafortunadamente, los únicos ejemplares existentes de estos periódicos han sido catalogados como friables por la Biblioteca Nacional.

<sup>9</sup> El Partido Nacionalista, por su parte, rehusó hacer uso de la bandera roja, que antes identificó a los conservadores, por sus contemporáneas referencias comunistas; prefirió enarbolar el azul (Magallanes, 1973:321)

<sup>10</sup> Los diputados eran elegidos a través de una asamblea de concejos municipales, y los senadores a través de las asambleas legislativas estatales.

Para la elección del general Isaías Medina como Presidente, el Par-Nac decidió apoyarlo (Pepper, 1941), así como los liberales tachirenses. Más tarde, en el Congreso medinista, el diputado por el Táchira, doctor Luis Eduardo Montilla, iría en solitaria representación del Partido Liberal del Táchira, del cual era presidente. Durante la etapa octubrista, algunos núcleos liberales y nacionalistas se unirían a URD y a Copei; el nacionalismo merideño tendría en la Unión Federal Republicana el mejor aliado de los socialcristianos en la región (y uno de los micropartidos más importantes de su momento). El Partido Liberal del Táchira y el Partido Liberal Progresista del estado Bolívar desaparecerían con la suerte de URD tras las elecciones de 1948 (Consejo Supremo Electoral, 1987:15). Ninguno de estos partidos (salvo el caso merideño) lograría porcentajes significativos; los partidos distintos a AD, Copei, URD y el PCV sólo alcanzarían, en conjunto, un tope de 6,17 por ciento (p. 315).

Los escasos resultados electorales sólo ilustran la inadecuación general que sentían las nuevas generaciones de políticos hacia los partidos históricos, así como buena parte de los intelectuales de comienzos del siglo XX. Este rechazo se haría evidente una y otra vez en comentarios y caricaturas, mezcla de un enorme prejuicio ante los viejos partidos, y de una creciente animadversión a la política liberal, y al modo de hacer en Venezuela dicha política, que era evidente antes de su reaparición.

Desde sus propias filas, jóvenes liberales que se encontraban en el exilio durante el gomecismo, se encontraron envejecidos y disociados con la realidad venezolana, tras numerosos intentos de invasiones frustrados y conjuras develadas. Jorge Luciani ponderaba en 1931 los posibles nombres que ofrecía el liberalismo para sustituir, en caso de ser posible, al gobernante venezolano. No escribía animado:

Cito todos estos nombres (...) para demostrar que en las generaciones anteriores a la mía no existen líderes, ni militares, ni civiles. Y el caso es que necesitamos un grupo de dirigentes con doctrina clara y reputación limpia, con idearios acordes con la época y las necesidades del país. (...) No se trata de buscarnos a nosotros ni jefes, ni providenciales, términos y tipos anacrónicos hoy cuando todas las naciones del mundo pugnan por resolver los problemas sociales desde un punto de vista favorable a las clases proletarias (Luciani, 1931:134).

Casi al mismo tiempo, los jóvenes radicales de la Generación de 1928, que habían ya roto críticamente con los viejos líderes liberales tras el fiasco de la expedición del *Falke* en 1929, no encuentran en estos “momios” ningún objetivo común, ninguna posibilidad de esfuerzo conjunto. Son, como señalaría Betancourt, parte del problema venezolano y no de su solución:

... escribe Bruzual López: “Ambos sentimientos –se refiere al liberal y al conservador– han subsistido en el curso de los años y subsisten aún entre los venezolanos”. Ningún venezolano de última hora, leal al ritmo de su tiempo, sería capaz de llamarse “liberal” o “conservador”. Y “sentimiento” social que no haya sido transmitido a las generaciones jóvenes de un pueblo es porque ha perdido todo sentido vital, es porque, histórica y biológicamente, está condenado a muerte. Histórica y doctrinariamente, está justificada la repulsa y el desdén con que las izquierdas jóvenes de Venezuela vemos a las agrupaciones partidistas de ayer (...) Doctrinariamente, porque para nosotros, juventudes socialistas, el diálogo entre liberales y conservadores, controversia entre sectores en pugna de la clase poseyente, es ya espectáculo sin relieves reclamadores de atención (Betancourt, 1932).

El rechazo y desdén de la juventud hacia los liberales era tan evidente, que J.M. Ortega Martínez, h., y Manuel V. de las Casas lo señalan como el mayor mal que sufrieron estas empresas, derrotadas al empezar por la apatía con que fueron recibidas por el nuevo público:

Las nuevas generaciones no sentían interés alguno por las antiguas luchas partidarias cuya historia desconocían y que en realidad carecían de significación ideológica para la juventud que, obedeciendo a su instinto de renovación, se arremolinaba inquieta y fogosa ante las deslumbradoras interrogantes que las nuevas doctrinas sociales abrían a sus imperativos de acción. Y en ese estado las cosas, sucedió lo que tenía que suceder: que nuestras juventudes se lanzaron por los caminos de la reforma social rompiendo en su avance los últimos vínculos sentimentales que pudieran unirlos al pasado. Desgraciadamente, la humanidad siempre busca el paso de menor resistencia (Ortega y de las Casas, 1937:21).

Entonces, ¿por qué se plantearon seguir la oferta de Pacheco Miranda? Ortega y de las Casas sostienen que lo vieron como una posibilidad política: les pareció que, si era como les habían dicho, el liberalismo podía amalgamar en sí a múltiples opciones políticas, y así propiciar un mensaje “más comprensible a nuestro pueblo” (p. 21). El resurgimiento del Partido Liberal, con su personalidad política anterior, fue un hecho, para ellos lamentable, dado lo que estaba en juego: “No nos propusimos nunca injertar en las ruinas del árbol centenario las nuevas ramas del moderno movimiento social” (pp. 22-23). Frente a la amenaza del comunismo, y cuando se requería unión entre los sectores comprometidos en su antimarxismo, la resurrección sólo reavivó viejos rencores:

Publicados los respectivos programas se vio claro que ambos eran partidos de izquierda moderada y que no los separaba ninguna diferencia ideológica fundamental. Sólo continuaba dividiéndoles el viejo prejuicio banderizo (...) La

verdad es que, a pesar del corto tiempo que vienen actuando ambos partidos, ya se da el caso con frecuencia cada día más alarmante, sobre todo en el interior, de que “amarillos” y “godos” (...) se hostilizan abiertamente creando con esa actitud reprobable una situación de antagonismos virulentos que ya constituye (...) una división suicida del elemento anti-marxista frente a los enemigos de la Patria (pp. 23, 25).

Si los partidos históricos habían traicionado a su razón de ser contemporánea, que era ostensiblemente la lucha contra el comunismo en Venezuela, ¿qué podía hacerse?: “No hay más remedio (...) Disolver estos viejos partidos, viejos para nuestras juventudes por sus denominaciones evocadoras del pasado sin vida...” (p. 25). Resulta sorprendente cuán fría fue la respuesta del Directorio del Gran Partido Liberal al documento de Ortega y de las Casas. El partido, representado por su entonces secretario general, Cecilio Acosta, desmereció las posibilidades de disolverse frente a deberes tan urgentes. No puede esa juventud estar consciente de sus deberes “para con la Patria” y mostrarse

remisa a cumplirlos y que asume una actitud despectiva frente a una palabra que suena a viejo –porque es eterna–, el “liberalismo” debe percatarse de que lo que se la llama hoy a empuñar no es el machete bárbaro de las matanzas intestinas, sino el arma cívica, moral y santa de sus derechos ciudadanos, que todo hombre honrado, viejo o joven está obligado a tomar en defensa de la Patria (...) Una simple denominación no puede ser pretexto para que (*sic*) las juventudes continúen eximiéndose de cumplir con un deber cuya evasión es la mayor afrenta que pueda caer sobre un hombre que honradamente aspira al título de ciudadano (Gran Partido Liberal, 1937:29).

Pero el problema no era de “simple denominación” como señala Acosta, sino de percepción acerca de quiénes eran esos liberales, y qué tipo de política podían ofrecer. Como señaló Arráiz, estos partidos eran más bien indolentes con sus rótulos y denominaciones, acomodados personalistas, carentes de ideología, que habían dado al liberalismo una mala prensa: “En realidad, el mismo término en sí, liberal, cobra entre nosotros una acepción insospechada, y abre por sugerencia fonética a la imaginación de nuestras masas perspectivas de risueñas posibilidades de bandolerismo, pillajes, saqueos, chozas humeantes y botines repartidos” (Arráiz, 1937a: 353-354). Empero, si los partidos liberales venezolanos fuesen realmente liberales, modernos, dejarían todavía mucho que desear para este comentarista, porque la política para un liberal es “un tema complementario de las conversaciones de sobremesa, una manera de matar el tiempo (...) De vez en cuando los partidarios se reúnen, forman cuerpos colegiados, comicios, discuten, se entusiasman, llegan a ruidosas exaltaciones –tanto como en un juego de fútbol– y toman parte en las

elecciones. Es todo lo que les exige su partido” (Arráiz, 1936b:356). No era la década de los treinta el momento más augurioso para convertirse en liberal, aun si se quería hacerlo de un modo institucional, sin viejos personalismos, como proponían los hombres del Gran Partido Liberal.

## COMENTARIOS FINALES

Varias son las razones del fracaso de los viejos liberales en resurgir. La primera, acaso la fundamental, fue la falta de arraigo que entre los jóvenes tuvieron los partidos históricos redivivos, conformados casi en su totalidad por viejos cuadros de la República Liberal Amarilla, casi todos ancianos, cuya reputación y errores les precedían. Eran ellos, los hombres de principios liberales, los protagonistas del declive y el descrédito del liberalismo, y los que habían abandonado esa denominación en los años del gomecismo. Su “meritorio exilio” no significaba mucho ante los nuevos políticos, que construían un nuevo discurso histórico mucho tiempo después de la etapa más fecunda de los intelectuales liberales.

Por otro lado, errores de cálculo político inmediato evitaron un desarrollo mayor. Alinearse con el gobierno había sido, desde los tiempos de Castro, la política inicial, automática, del Liberalismo Amarillo. Sin las consecuencias trágicas de 1902 o de 1913, los liberales perdían cualquier posibilidad de formar (o reformar) su personalidad política en esas condiciones. Al acatar la convocatoria a un nuevo Congreso en 1936, por ejemplo, ayudaban a permanecer tranquilos a muchos gomecistas en cargos de influencia, cuyo ánimo hacia los liberales era más que frío, tal como el de la miríada de grupos que, dentro de las derechas, reclamaban su lugar preponderante.

Ideológicamente, la idea básica del liberalismo como promotor del Estado de derecho estaba mejor representada por el gobierno y sus partidarios (Martínez, 2004:80-85). Tras sus pobres resultados políticos, era iluso esperar que los gobiernos de López o Medina recurrieran a los viejos liberales para proveerse de la maquinaria y las masas que estos partidos rehuían; las alternativas oficialistas tendrían mejor suerte, aun temporalmente. ¿Qué legado era más atractivo al común? ¿El del Liberalismo Amarillo, con sus logros y sus luchas? ¿O el que asumió el gobierno a través de las Agrupaciones Cívicas Bolivarianas? Entonces la ideología bolivariana podía movilizar más adeptos. Esto ilustra otro de los problemas de los liberales redivivos: la fe en el prestigio del Partido Liberal era una impresión engañosa, toda vez que la base material de las adhesiones al viejo liberalismo se había extinguido dramáticamente, luego de largos años de decadencia. Su insistencia en la vieja y

fallida táctica liberal de acoplarse a la potencia del gobierno constituido (fuese el de Castro, Gómez, López o Medina), resalta dicha decadencia.

Un problema más serio es la carencia absoluta de conciencia de instrumentalidad y de finalidad. Los viejos partidos plantean superficialmente una vida económica distinta y cierto regreso a una política cerrada, de camarilla, desdén, tanto la creciente influencia del petróleo en el Estado venezolano como la incipiente “política de masas”. En tanto se aferraban a una visión socioeconómica del país que se ajustaba más bien a viejas prácticas políticas, puede que su fracaso en estos aspectos los haya tomado por sorpresa. Pero no bastaba con esperar la llegada de nuevos cuadros: no hacer el menor esfuerzo de adoptar nuevas posturas y hablarles con un renovado lenguaje, no era simplemente torpeza, era arrogancia. Sin embargo, su furibundo anticomunismo debe ser visto con una luz más apropiada: aun si se es evidente su desconocimiento sobre los matices de la izquierda venezolana durante la época de López y Medina, éste era una generalización compartida por todas las derechas.

Para 1936, la potencia del liberalismo había disminuido considerablemente. Era una ideología que se replegaba frente al auge de los totalitarismos y frente al revisionismo que surgía dentro de las democracias occidentales. En el caso venezolano, nuestros liberales no sólo pecaron en carecer de sentido de oportunidad, sino además en insistir en un proyecto del cual no eran los abanderados más calificados: el del Estado liberal venezolano, que se reformaba y actualizaba bajo sus pies. A fin de cuentas, ningún otro grupo en la historia política venezolana se había esforzado más en descalificar la vieja política liberal que el viejo Liberalismo Amarillo.

ANEXOS



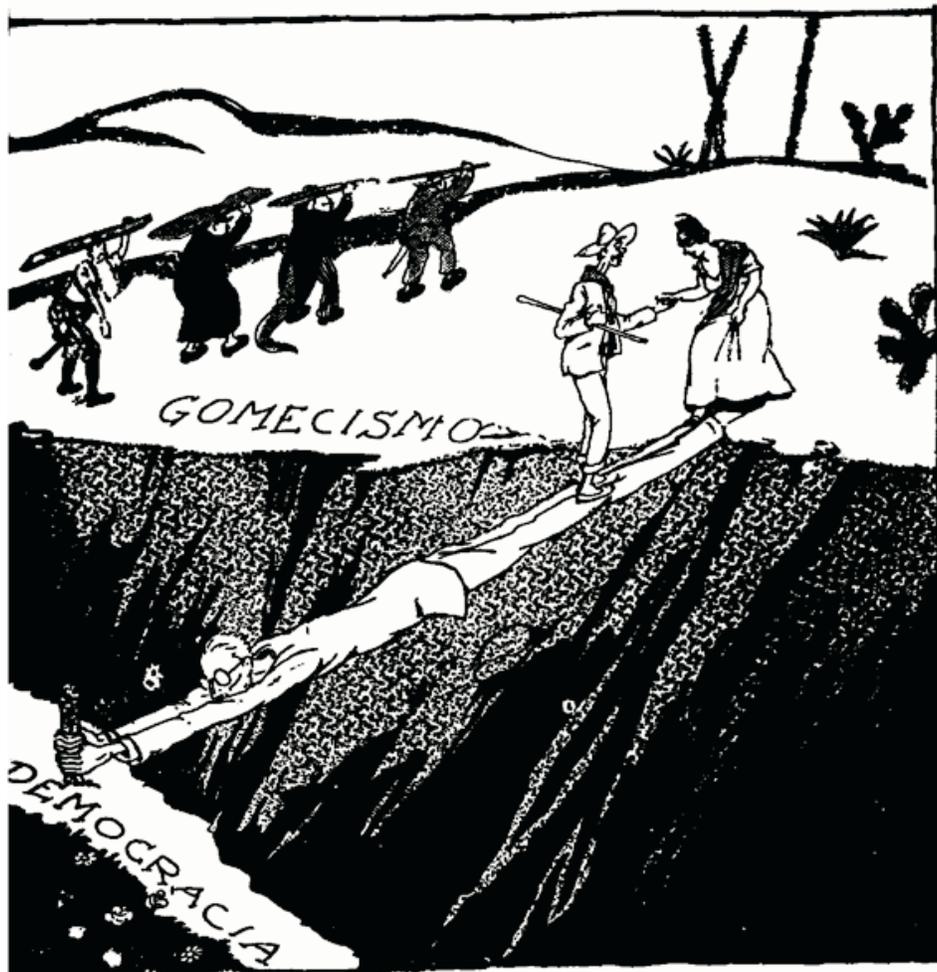
"El Partido Liberal tiene historia"..., dice ayer un diario.

"... El dibujante Leo es el responsable de la representación humorística del Partido liberal. En sus dibujos aparece este Partido liberal. En sus dibujos aparece este partido personificado en un "viejito" de lengua barba, armado de todas armas y portando una gallina desplumada, como símbolo de rapacidad" (Díaz Sánchez, 1983:58).

Caricatura de Mariano Medina Febres (Medo) en el diario *Ahora*, 22 de enero de 1939.

«USTEDES, LIBERALES DE PRINCIPIOS...». LA LUCHA POR LA EXISTENCIA DEL LIBERALISMO HISTÓRICO ...

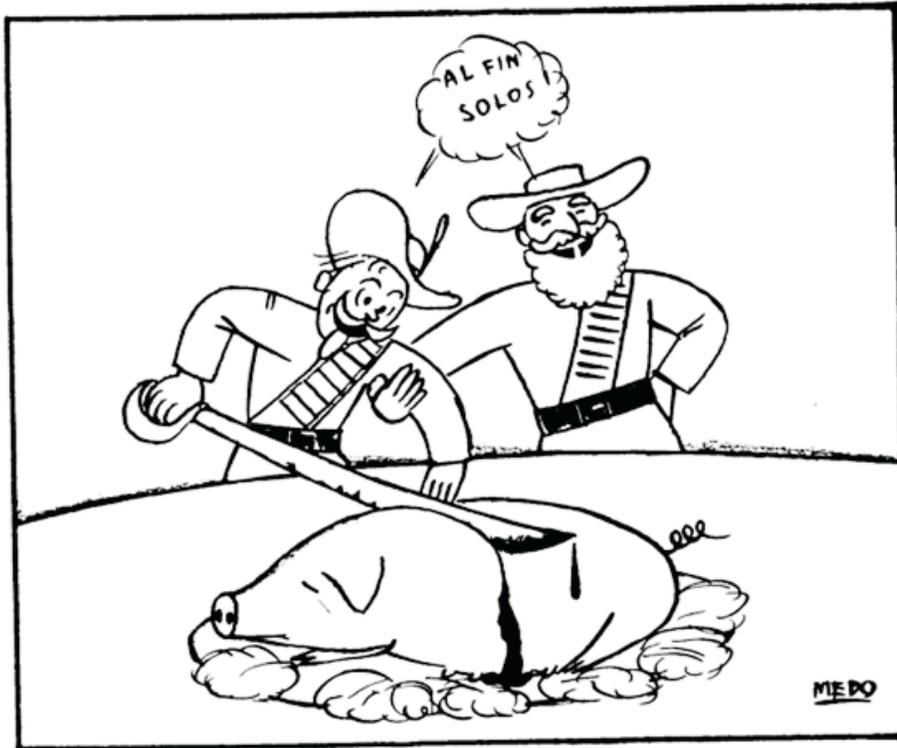
### UN PASO DIFÍCIL



—Juan Bimba: Avanza sin miedo, que es un puente largo y angosto, pero es un puente seguro

Entre los partidarios del gomecismo, se ve al fondo, con las tablas en la cabeza, a un liberal barbado, armado y con espuelas, que se voltea melancólico hacia Juan Bimba y la República.

Caricatura de Leoncio Martínez en *Fantoches*, ca. 1937, sacada de I. Torres (1982): *El humorismo gráfico en Venezuela*. Caracas: Maraven, p. 239.



Caricatura de Medo, alusiva a la propuesta unión entre liberales y nacionalistas, en el diario *Ahora*, 3 de abril de 1937.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### Documentos

ACOSTA, C. (1936). “El Partido Liberal”, en *La Esfera*, 31 de julio de 1936, Caracas.

ARRÁIZ, A. (1937a). “Los partidos políticos I”. *PPVsXX*, nº 27.

\_\_\_\_\_ (1937b): “Los partidos políticos II”. *PPVsXX*, nº 27.

BETANCOURT, R. (1932). “Con quién estamos y contra quién estamos”. *Venezuela Analítica* <[http://www.analitica.com/bitblioteca/rbetancourt/con\\_contra.asp](http://www.analitica.com/bitblioteca/rbetancourt/con_contra.asp)> (última revisión, 11 de octubre de 2004).

Diario *Ahora* (1940). “Editorial. Los caudillismos decadentes”. *PPVsXX*, nº 32.

Diario *El Heraldo* (1940). “Los partidos posibles”. *PPVsXX*, nº 27. La versión de la Prensa (1936-1941). Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

GRAN PARTIDO LIBERAL (1937). “Nuestros partidos históricos. El Directorio Central del Gran Partido Liberal contesta a los señores J.M. Ortega Martínez, hijo, y M.V. de las Casas”. *PPVsXX*, nº 32.

\_\_\_\_\_ (1936a). *Ciudadanos: ¡ja votar!* Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas.

\_\_\_\_\_ (1936b). “Programa del Gran Partido Liberal”. *PPVsXX*, nº 31. Caracas, Ediciones del Congreso de la República.

GRANADO, M.A. (1899). “Carta al Gral. Antonio Paredes”, en *PPVsXX*, nº 2-A.

GUZMÁN BLANCO, B. (1936). “El Gran Partido Liberal. Carta a Víctor B. Maldonado, replicando su nota del 30 de junio dirigida a Francisco Linares Alcántara. *La Esfera*, 07 de julio de 1936, Caracas.

LÓPEZ, J. (1899). “Cómo llegó Cipriano Castro al poder. Ante Verba”, en *PPVsXX*, nº 2-A.

LUCIANI, J. (1931). “Fogonazos”, en *PPVsXX*, nº 5.

GUILLERMO T. AVELEDO COLL

MOLINA, I. Y S. DELGADO (1998). *Conceptos fundamentales de Ciencia política*. Madrid: Alianza Editorial.

NÚÑEZ, E.B. (1939). “Los partidos”. *PPVsXX*, n° 27.

ORTEGA MARTÍNEZ, J.M., h. (1930). “Carta al Dr. Rafael Bruzual López”, en *PPVsXX*, n° 4.

ORTEGA MARTÍNEZ, J.M. (1936). “Una agrupación política”, *La Esfera*, 1° de junio de 1936, Caracas.

ORTEGA MARTÍNEZ, J.M., h. y M.V. de las Casas (1937): “Nuestros partidos históricos. El Partido Liberal y el Partido Nacionalista son las dos agrupaciones que por su historia, su tradición y su esfuerzo representan íntegramente al pueblo venezolano”. *PPVsXX*, n° 32.

PACHANO, J.R. (1901). *La Junta directiva de la compactación liberal: a sus correligionarios de la República*. Caracas: S.N.

PACHECO MIRANDA, A. (1936). “Carta del escritor Andrés Pacheco Miranda sobre la reconstitución del Partido Liberal”. *El Universal*, 1° de junio de 1936, Caracas.

PARTIDO LIBERAL AMARILLO HISTÓRICO (1936a). “Boletín n° 3. Actividades del Partido Liberal Amarillo Histórico”. *PPVsXX*, n° 31.

\_\_\_\_\_ (1936b). “Programa del Partido Liberal Amarillo Histórico”. *PPVsXX*, n° 31.

PARTIDO LIBERAL ANTICOMUNISTA (1936a). “Manifiesto del Partido Liberal Anticomunista”. *PPVsXX*, n° 31.

\_\_\_\_\_ (1936b). “Tercer Manifiesto del Partido Liberal Anticomunista”. *PPVsXX*, n° 31.

PARTIDO LIBERAL DEL ESTADO YARACUY (1909). *El Partido Liberal del estado Yaracuy al general Juan Vicente Gómez, a quien proclama su candidato para presidir la República en el período constitucional de 1910 a 1914*. San Felipe: Imprenta Bolívar.

«USTEDES, LIBERALES DE PRINCIPIOS...». LA LUCHA POR LA EXISTENCIA DEL LIBERALISMO HISTÓRICO ...

PARTIDO LIBERAL DEL TÁCHIRA (1936a). “Manifiesto del Partido Liberal Histórico del Táchira”. *PPVsXX*, n° 31.

PARTIDO LIBERAL HISTÓRICO DEL TÁCHIRA (1936a). “Partido Liberal Histórico del Táchira”. *PPVsXX*, n° 31.

PARTIDO LIBERAL DEL TÁCHIRA (1939). “Programa del Partido Liberal del Táchira”. *PPVsXX*, n° 32.

PARTIDO NACIONALISTA (1936). “Programa Político del Partido Nacionalista”. *PPVsXX*, n° 31.

PARTIDO NACIONALISTA (1937). “Comunicado n° 9. Partido Nacionalista Par-Nac. La Patria por Razón o por Fuerza”. *PPVsXX*, n° 32.

PEPPER, J. V. (1941). *El candidato de las mayorías venezolanas*. Caracas: S.N.

PONTE, A. [Florentino] (1938). *Cómo salvar a Venezuela*. Documentos de la Cruzada Reformadora Nacionalista. Nueva York: Carlos López Press.

RUIZ PINEDA, L. (1943). “Contra el regionalismo suicida surgió en el Nuevo Circo la voz responsable del doctor Leonardo Ruiz Pineda, delegado del Táchira”. *PPVsXX*, n° 43.

PPVsXX: CONGRESO DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA (1983-1986). *Colección Pensamiento político venezolano del siglo XX*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

### Libros y artículos

ANDRADE, I. (1955). *¿Por qué triunfó la Revolución Liberal Restauradora?* Caracas: Ediciones Garrido.

CABALLERO, M. (2003). *Las crisis de la Venezuela contemporánea. 1903-1992*. Caracas: Alfadil.

\_\_\_\_\_ (1993). *Gómez, el tirano liberal*. Caracas: Monte Ávila Editores.

GUILLERMO T. AVELEDO COLL

CALDERA, R. (2002). “Los causahabientes”. Sitio web del Partido Convergencia Nacional, [<http://convergencia.org.ve/data/libro/pdf/7.pdf>].

CALDERA, R. (1999). *Los causahabientes. De Carabobo a Punto Fijo*. Caracas: Panapo.

CARRERA DAMAS, G. (1988). *Formulación definitiva del proyecto nacional: 1870-1900* (Serie Cuatro Repúblicas). Caracas: Cuadernos Lagoven.

CATALÁ, J.A. (1975). “Aventura y celeridad de este libro”, en *Libro rojo del general López Contreras. 1936. Documentos robados por espías de la Policía Política*. Caracas: Catalá-Centauro Editores.

CONSEJO SUPREMO ELECTORAL (1987). *Los partidos políticos y sus estadísticas electorales*. Caracas: Ediciones CSE.

DÍAZ SÁNCHEZ, R. (1983). *Transición (Política y realidad en Venezuela)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Colección el Libro Menor.

FUNDACIÓN POLAR (1997). *Diccionario multimedia de historia de Venezuela*. CD-ROM. Caracas: Ediciones de la Fundación Polar. CD-Rom.

HERNÁNDEZ BRAVO, J. (1997). “La delimitación del concepto de partido político. Las teorías sobre el origen y evolución de los partidos”, en AA.VV. (1997): *Curso de partidos políticos*. Madrid: Ediciones AKAL Universitaria.

HERRERA, B. y ALVA, R.M. (1998): *ORVE, el diseño del país. El discurso político en la Venezuela de 1936*. Caracas: FEHE/UCV-Tierra Firme.

LIPSET, S.M. y S. ROKKAN (1992). “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”, en A. BATTLE, ed. *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Editorial Ariel.

LÓPEZ CONTRERAS, E. (1955). *Proceso político-social, 1928-1936*. Barcelona: Ediciones Áncora.

MAGALLANES, M.V. (1973). *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana*. Madrid-Caracas: Editorial Mediterráneo.

MARTÍNEZ, A.R. (2004). *Autoritarismo y democracia. Venezuela: 1936-1941*. Caracas: ANH-FEHE/UCV.

MARTÍNEZ SOSPECHA, M. (1996). *Introducción a los partidos políticos*. Barcelona: Editorial Ariel.

NAVAS BLANCO, A. (1998). *El comportamiento electoral a fines del siglo XIX venezolano*. Caracas: FEHE/UCV.

PÉREZ, S. (1996). *Los partidos políticos en Venezuela*. Tomo I. Sistemas de partidos - Partidos históricos. Caracas: Centro Gumilla.

PINO ITURRIETA, E. (2003). *Las ideas de los primeros venezolanos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

\_\_\_\_\_ (2000). *Fueros, civilización y ciudadanía*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

\_\_\_\_\_ (1988). *Venezuela metida en cintura. 1900-1945*. Caracas: Cuadernos Lagoven.

QUINTERO, I. (1991). “La oposición a Castro”, en VV.AA. (Elías Pino Iturrieta, coord., 1991). *Cipriano Castro y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores.

RAMOS JIMÉNEZ, A. (2001). *Los partidos políticos latinoamericanos*. Mérida: Universidad de Los Andes, CIPC, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

\_\_\_\_\_ (1997). *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*. Mérida: Universidad de Los Andes, CIPC, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

RIVAS RIVAS, J., comp. 1961. *Historia gráfica de Venezuela*. Vol 1. Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo.

SANÍN [Alfredo Tarre Murzi] (1982). *López Contreras. De la tiranía a la libertad*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

SORIANO, G. (1998). “La noción de oposición como expresión histórica de la disconformidad política”. *Politeia*, nº 21, Caracas, IEP-UCV.

GUILLERMO T. AVELEDO COLL

SORIANO, G. (1987). *Hispanoamérica: historia, desarrollo discrónico e historia política*. Cuadernos del Instituto de Estudios Políticos. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas.

SOSA, A. y E. Lengrand (1983). “Prólogo: El debate político en 1936”, en *PPVsXX*, nº 14. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

STAMBOULI, A. (2002). *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.

SUÁREZ FIGUEROA, N., comp. (1977). *Programas políticos venezolanos de la primera mitad del siglo XX*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

URBANEJA, D.B. (1988a). *La idea política de Venezuela: 1830-1870*. Serie Cuatro Repúblicas. Caracas: Cuadernos Lagoven.

\_\_\_\_\_ (1988b). “El sistema político gomecista”, en VV.AA. (Elías Pino Iturrieta, coord., 1988): *Juan Vicente Gómez y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores.

VALLENILLA LANZ, L. (1991). *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Monte Ávila Editores, Biblioteca Ayacucho.

VELÁSQUEZ, R.J. (1999). *La caída del Liberalismo Amarillo: tiempo y drama de Antonio Paredes*. Caracas: Fondo Editorial Nacional.

\_\_\_\_\_ (1991). “La política”, en VV.AA. (Elías Pino Iturrieta, coord. (1991). *Cipriano Castro y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores.